

Editorial

En esta primera edición dedicamos nuestro espacio a la exploración del concepto de la sustentabilidad. Para muchos, este es un término todavía indefinido, al que frecuentemente se le asocia con movimientos ambientalistas e ideologías “verdes”; Sin embargo, con todo y el mérito que merecen estos movimientos y agrupaciones, resulta forzosamente un reduccionismo intentar explicar la ideología de lo “sustentable”, tan solo partiendo de un enfoque ambientalista. La falta de una definición concisa radica en la diversidad y complejidad ideológica englobada en dicho término. Como todos los conceptos que necesitan múltiples interpretaciones para una comprensión integral, este tema, el de la sustentabilidad, se compone no solo de una definición, sino más bien de una serie de ideas y principios, y para entenderlos es indispensable analizar el contexto que les da vida.

La sustentabilidad como tal es una idea reciente, emerge formalmente en 1972 en el marco de las Naciones Unidas con la conferencia *los seres humanos y el ambiente*, llevada a cabo en Estocolmo, Suecia. Posteriormente gana fuerza en 1987 en el llamado *Reporte Brundtland*, el cual intentaba crear un marco para la implementación de estrategias de protección ambiental que fueran de la mano con el desarrollo económico y social. Finalmente se consolidaría de manera “oficial” en la reunión de Río de Janeiro que se llevó a cabo en 1992; esta contó con la participación de numerosos mandatarios internacionales, y su objetivo fue definir una agenda internacional que facilitara la transición hacia una sociedad más sustentable, con base en las siguientes metas y principios: promover un desarrollo integral que tome en cuenta la fragilidad ambiental, disminuir los niveles de inequidad mediante prácticas económicas conscientes y equitativas, promover políticas demográficas adecuadas, facilitar la transición hacia el uso de energías renovables y reducir de

manera sustancial las emisiones de gases de invernadero.

Si bien ahora podemos afirmar estar muy lejos de las metas trazadas en dicha reunión, hubo un mensaje muy importante y claro hacia la comunidad mundial: cada vez más sectores sociales pasan por un proceso de concientización que no debe ser ignorado, en el cual se hacen presentes las problemáticas que enfrentamos, y en donde también se exigen acciones y propuestas. Es decir, la sustentabilidad surge como respuesta a una dinámica política y social desarticulada, que ha tenido como consecuencia una severa degradación ambiental, cultural y económica. Surge como una antítesis de la gran inequidad que se vive a nivel global; basta ver el contraste que existe entre algunos países desarrollados que presumen monstruosos niveles de consumo y desperdicio de recursos, contra otros países africanos, latinoamericanos y, para no irnos tan lejos, el sur de México donde no se tiene acceso a recursos básicos como agua, alimentos, o electricidad.

La idea del desarrollo sustentable, propone una retrospectiva civilizatoria, un replanteamiento de nuestro rol en el mundo natural del que, nos guste o no, dependemos; una reflexión sobre nuestros objetivos e intenciones en un contexto global; pero sobretodo nos propone un concepto, que a la vez es un reto fundamental para nuestro futuro: el equilibrio entre las necesidades de desarrollo del hombre y las necesidades del planeta en el que habita. Es sin duda una tarea monumental, pero es evidente que para comenzar se necesita la configuración de un nuevo sistema de valores cuyos pilares estén fundados sobre la conciencia, el análisis, la autocrítica, la creatividad cultural, y una visión global que sea capaz de reconocer las interconexiones e interdependencias en las que todos estamos inmersos, y que afectan al mundo en su conjunto; o dicho de una forma más

sintética, es imperativo que reconozcamos límites.

Valdría la pena analizar las circunstancias que nos han llevado a la encrucijada ambiental que enfrentamos en la actualidad, y decidir entonces, desde ahí, como podríamos aplicar los principios de la sustentabilidad y hasta a que punto esta ideología nos ofrece respuestas. Es preciso contemplar no solo la problemática global, la cual es ya de por sí bastante complicada, sino también las causas históricas de esa problemática: sus orígenes. Proponer una salida satisfactoria a nuestras crisis, significa forzosamente analizar los paradigmas mediante los cuales se rige nuestra civilización, y replantearlos, cuando sea necesario, mediante una lógica distinta.

Pocos podrían dudar que en la actualidad la dinámica internacional esta dominada por los bloques Occidentales (entiéndase Europa y sus colonias), y en consecuencia su ideología ha subordinado a otras a lugares secundarios o locales. Esta ideología o paradigma dominante toma fuerza con la revolución industrial y esta caracterizado por un positivismo científico a veces excesivo; por un razonamiento tecnócrata, neoliberal en los métodos, y globalizador por necesidad. El resultado es una sociedad que pondera casi de manera obsesiva el crecimiento económico acelerado y la acumulación de recursos, en donde el gran catalizador son los patrones irracionales de consumo que se hacen posibles mediante la desvalorización y la desconcientización del individuo. Es evidente que los recursos naturales no se producen con la rapidez suficiente para mantener este modelo de desarrollo; es decir, el crecimiento económico puede ser, al menos en teoría, ilimitado, pero esta sujeto a una realidad distinta donde los recursos son limitados y algunos de ellos no renovables. Esta dinámica nos lleva a la mala distribución de bienes, servicios y recursos entre las naciones, y a la consecuente inestabilidad política y social. Es precisamente en esta coyuntura que el paradigma sustentable nos ofrece alternativas.

Las perspectivas para la transición hacia una forma de desarrollo más sustentable son

contrastantes; sin embargo, vale la pena mencionar ejemplos concretos en los que se ha llevado a cabo con éxito un cambio ideológico y práctico al respecto, y que nos indican hacia donde dirigir esfuerzos. Aunque algunas de las propuestas han surgido de países industrializados, principalmente en la Unión Europea, actualmente muchos de los proyectos más ambiciosos e innovadores se llevan a cabo en países “sub-desarrollados”, donde el escaso presupuesto y el retraso tecnológico crean el escenario propicio para que de la innovación y la creatividad, nazcan soluciones simples y eficientes a problemas sumamente complejos. Aquí algunos casos:

Tailandia ha puesto en marcha un programa a escala nacional para la producción de energía eléctrica a partir de biogás, el cual se obtiene de la descomposición de los desechos de origen animal; el programa no solo representa una opción más ecológica y rentable sino que disminuye la dependencia en los combustibles fósiles. El Banco de Grameen en Bangladesh cuenta con un revolucionario sistema de microcréditos a los que se puede acceder sin contratos legales que impongan plazos o intereses, y tiene como finalidad combatir la extrema pobreza en la región, creando empleos y fuentes de ingresos en las comunidades rurales. En Sudamérica, la ciudad de Curitiba (Brasil) es un modelo a nivel mundial en cuanto a su sistema de transporte público. El gobierno ofrece el servicio de forma “gratuita”, a cambio de que los habitantes separen y entreguen su basura a los centros de acopio; esto ha resultado ser sumamente eficiente, económico, y ecológico, ya que la ciudad recicla el 75% de sus desperdicios. Más aun, en las estepas Colombianas encontramos una comunidad independiente y autosustentable; comercian resinas las cuales obtienen de un bosque de pino sembrado y manejado por ellos mismos. Esta comunidad también es líder en el desarrollo de tecnologías diseñadas para el aprovechamiento de energías y materiales renovables.

Aunque estos ejemplos pueden parecer aislados y con poco impacto a nivel global, surgen de países pobres y representan avances importantes en la transición hacia comunidades más

inteligentes y adaptables; así mismo el objetivo de mencionarlos es hacer conciente al lector de la factibilidad de proyectos de desarrollo que se fundamenten en ideologías y principios que difieren de los modelos dominantes, pero que funcionan y proveen soluciones de largo plazo. Lamentablemente, en México existe un grave rezago en cuanto a la adopción e implementación de políticas e ideologías sustentables. No hace falta ir muy lejos para experimentar de primera mano la falta de conciencia en materia ambiental. Nuestros recursos naturales han sido continuamente saqueados con base en promesas de inversión y progreso; nos han heredado en cambio, suelos degradados, contaminación, pérdida de biodiversidad, y una seria degradación cultural y social que contribuye a nuestra pérdida de identidad nacional.

No hay duda que enfrentamos a un escenario difícil: de lucha de poderes y cosmogonías, de culturas y nacionalismos, de economías, de clases sociales, de oriente y occidente, del norte y del sur.....de contrastes. Sin embargo, dentro de todo esto surgen las resistencias, las propuestas, las movilizaciones pacíficas, las luchas por la igualdad y el pluralismo, la ciencia conciente y la tecnología incluyente (si tenemos suerte), la concientización de sectores sociales cada vez más numerosos que exigen y que ofrecen. En suma, surge la esperanza en la renovación y en la reinención de nuestras sociedades. La pregunta obligada es: ¿dentro de este contexto, cual es el futuro para México?. Alguien dijo una vez que la mejor forma de predecir el futuro es construyéndolo, forma elegante de decir lo que por temor a la responsabilidad no osamos admitir: tenemos el poder de soñarlo y por lo tanto de crearlo.

Los problemas son muchos, pero el problema suele ser también la solución, todo puede ser un recurso positivo. Los retos en nuestro país comienzan por el sistema educativo, que no alcanza a toda la población, y que tiene que pasar de ser meramente informativo para enfocarse en lo formativo. En el caso de las industrias dedicadas a la extracción de recursos naturales es imperativo comenzar a incursionar en el terreno de lo renovable. En materia urbanística se debe

ponderar el diseño inteligente y ecológico; casas y edificios consumen el 40% del total de las materias primas y 65% de la electricidad. La agricultura requiere de sistemas que imiten la diversidad, estabilidad y resiliencia de los ecosistemas. Y la economía debe ser incluyente a la vez que saludable, debe privilegiar la cooperación sobre la competencia, y debe sustentar a todas las formas de vida. Solo así aspiraremos a una equidad real.

En el contexto de esta breve y limitada descripción te externamos una afectuosa invitación a participar en este espacio de análisis y de propuestas. Sabemos que existe una gran diversidad de ideas, y nuestro objetivo es apoyarlas y difundirlas; este proyecto es tuyo y esperamos que encuentres en él la motivación para crear.